

**desde
el cuerpo •**

La lucha empieza cuerpo adentro

Lorena Wolffer

Anoché, mi pareja y yo conversábamos sobre nuestra visión de la vida como una lucha, que compartimos plenamente. Era una charla más bien relajada, un sábado por la noche, entreverada de buen humor y muchas risas. Muy pronto transitamos a otro tema, probablemente porque ambas sabíamos bien a qué nos referíamos: a la defensa cotidiana del mundo en el que creemos, a nuestra convicción, en todo lugar y momento, de salvaguardar y fomentar espacios y encuentros cimentados en el respeto y la equidad. No es una lucha emprendida a modo de batalla o choque violento, sino, por el contrario, un suave flujo que nos lleva a observar cada entorno, procurando comprenderlo, y que desemboca en un posible intercambio a partir del reconocimiento de las demás personas como sujetos.

La plataforma visible y pública de esta lucha queda plasmada en mi trabajo como artista y activista. Desde hace más de quince años mi obra de performance y arte en espacios públicos se ha dirigido a la exploración de las formas en las que la sociedad construye y normaliza las nociones convenidas de 'mujer', 'cuerpo femenino' y 'feminidad', y mi proyecto más reciente [*expuestas: registros públicos*] consiste en el desarrollo de trabajos para sitio específico centrados en la violencia hacia las mujeres en la ciudad de México. Podría embarcarme en un recuento detallado de los fundamentos teóricos de mi trabajo o acerca de los conceptos detrás de mis últimas obras, pero me resulta más honesto reconocer que, antes que nada, mi trabajo nace de una necesidad personal. Abordar temas relacionados con el género y la violencia hacia las mujeres no ha sido, en estricto sentido, una elección. Tampoco lo ha sido entender al cuerpo como un territorio de resistencia en oposición a las construcciones biopolíticas que persiguen normalizarlo, regularlo, naturalizarlo. Son maneras de abordar temas que me tocan y afectan íntimamente dentro de una sociedad que ampara una cultura sistemática de discriminación, pero también un sinfín de normas socialmente autoriza-

das. En ese sentido, la creación de intervenciones culturales que persiguen transformar la violencia de género en un fenómeno visible y público, o la colaboración con diferentes comunidades de mujeres en talleres de performance constituyen ramificaciones orgánicas de quién soy.

Asumir una postura crítica frente a la sociedad de la cual formo parte conlleva resistir sin tregua sus disposiciones hegemónicas, ya sea contaminándolas o proponiendo alternativas que desbanquen los valores sobre los cuales están edificadas. El ejemplo más cercano está dentro de mi propia casa con mi hija de cinco años. Frente al régimen heteronormativo y a los cánones de belleza imperantes —plasmados en las radiantes familias nucleares y las princesas rosísimas que pueblan las películas que tanto le gustan—, constantemente le presento un abanico incluyente de otras formas de ser y convivir. No creo en la prohibición que sólo propulsa el deseo de lo que se carece y, por lo mismo, jamás le negaría a mi hija la posibilidad de jugar con las Barbies que familiares y amigos le han regalado, pero sí insisto en que Barbie pueda elegir si se casa con otra Barbie o con Ken, y fomento que conviva de manera respetuosa y desprejuiciada con todas las personas que vamos conociendo.

A menudo la violencia más eficaz es la que ha sido culturalmente consensuada y que, por lo mismo, aparenta ser invisible. Me refiero a los ejercicios de poder, velados o no, que determinan las interacciones que sostenemos en el día a día. Comprenden mis relaciones íntimas pero también aquellas que establezco con la chava que, acompañada de su bebé de apenas unos meses, me vende cigarros en la licorería abajo de mi casa, o con el encargado de producción de un museo que hace unos meses estaba francamente molesto por tener que recibir indicaciones de una mujer. Todas esas relaciones demandan un replanteamiento de los roles que nos han sido asignados por el imaginario social y que hemos introyectado a tal grado que alterarlos exige, en primera instancia, un trabajo interno. No han sido pocas las veces en las que me he descubierto reproduciendo los mismos estereotipos en contra de los cuales me promulgo.

No creo en las identidades estables y predisuestas, ni en las definiciones y normas fijas. Tampoco considero que mi forma de entender el mundo esté más determinada por ser mujer que, digamos, por haber vivido en Tanzania y crecido en Tepoztlán. Creo en la identidad como un flujo, un tránsito constante que me ha conducido a lugares que jamás imaginé. Entiendo mi estar, parafraseando a Judith Butler, como una forma de hacerse sin fin. Y la lucha, como siempre debería ser, empieza cuerpo adentro ●